

para partir. Me dirigí al maestro de uno de ellos, que era de Gales, y le conté que había estado en España dos años para aprender la lengua, y que ahora deseaba volver á mi país y ver á mis amigos, porque me faltaban medios de vivir. Habiendo, pues, ajustado mi pasaje, nos dimos á la vela, y de este modo por la bondad de Dios Todopoderoso, después de diez y seis años de ausencia, y de haber pasado muchos y grandes trabajos y calamidades de diversas especies, según en esta relación se ha contado, volví á mi patria Inglaterra en el mes de Febrero de 1582, en el buque llamado el «Landret», y desembarqué en Poole.

CAPITULO VIII.

Viajes de Job Hortop, á quien Sir Juan Hawkings dejó en tierra en el golfo de México, después de su salida del puerto de San Juan de Ulúa el 8 de Octubre de 1568.

No sin verdad ni fundamento aquel fiel siervo de Dios llamado Job (que vivió en la tierra de Hus, según refiere la Escritura,) dijo que el hombre nacido de mujer vive poco tiempo y está lleno de miserias: (1) lo

(1) Job. cap. XIV, v. 1.

cual sabemos unos por haberlo leído en los libros, otros por haber presenciado desdichas ajenas, y yo por experiencia propia, como lo probará la relación que sigue.

Muchos saben que yo, Job Hortop, polvorista nací en Bourne pueblo de Lincolnshire y á la edad de doce años fui llevado á Keddiffe, cerca de Londres, con Mr. Francisco Lee, polvorista de S. M. en cuyo servicio estuve hasta que fui compelido á ir en el tercer viaje á las Indias Occidentales con el muy excelente Señor Juan Hawkings, quien me nombró uno de los artilleros del buque de S. M. el «Jesús de Lubek» y salió de Plymouth en el mes de Octubre de 1567, llevando consigo otro buque de S. M. llamado el «Minión», y otros cuatro suyos, á saber: el «Angel», el «Swallow», el «Judith» y el «William and John». Previno á su segundo que si el mal tiempo los separaba, se reunieran en la isla de Tenerife. En seguida, por espacio de siete días con sus noches, tuvimos tales tormentas, que perdimos la lancha y una pinaza con algunos hombres. Llegados á la isla de Tenerife, supo el general que su teniente, con el «Swallow» y el «William Sand John», estaba en una isla llamada Gomera, y en efecto allí le encontró. Habiendo anclado y hecho aguada, dió á la vela para el Cabo Blanco

y de camino tomamos una carabela portuguesa cargada del pescado que llaman mujol. De allí fuimos á Cabo Verde y en la travesía encontramos á un francés de la Rochela, llamado el capitán Bland, que había tomado una carabela portuguesa: dió-le caza el vice almirante y le apresó. El capitán Drake, ahora Sir Francisco Drake, fué nombrado capitán de la carabela, y proseguimos nuestra derrota hasta llegar á Cabo Verde, donde habiendo anclado, echamos los botes y mandamos soldados á tierra. El general fué el primero que saltó á tierra, y el capitán Dudley con él. Tomamos allí ciertos negros; mas no sin daño nuestro, pues el general, el capitán Dudley y otros ocho fueron heridos con flechas envenenadas. Cosa de nueve días despues murieron los ocho heridos; mas un negro enseñó al general el modo de sacar de la herida el veneno con un diente de ajo, y así sanó. Fuimos de allí á Sierra Leona donde hay unos peces monstruosos llamados tiburones, que devoran á los hombres. Yo y otros fuimos enviados en el "Angel" con dos pinazas, adentro del río nombrado Calonsa, á buscar dos carabelas que andaban por allí en el comercio de negros: tomamos una con los negros y la trajimos.

En este río una de las pinazas fué desfon-

dada en la noche por un hipopótamo, y echándose los hombres á nado fueron cogidos en la otra, excepto dos que se afianzaron el uno al otro y los llevó el animal. Este monstruo es del tamaño de un caballo, salvo que tiene las piernas muy cortas; sus dientes son enormes y de una cuarta de largo. Acostumbra meterse de noche en los bosques, tratando de sorprender á los negros en sus chozas para devorarlos, lo cual ellos estorban con su vigilancia, y le matan del modo siguiente: Hacen buena guarda, espiando con cuidado la llegada de estos animales, y cuando ven que se han internado en los bosques, atraviesan inmediatamente en el camino un grueso tronco de árbol, de manera que al regreso no puedan pasar por encima de él, á causa de tener las piernas tan cortas, y entonces los acometen los negros con sus flechas y dardos hasta que los matan.

Entramos después en el río llamado Caserros, donde había otras carabelas comerciando con los negros, y las apresamos. En esta isla, entre el río y el mar, crecen árboles con ostras encima. (1) Hay palmas

(1) *In this Island between the river and the main trees grow with oysters upon them.* Los árboles á que se refiere el autor son sin duda los *Mangles*, que crecen en las orillas del mar y esteros salados de los climas tropicales. Además de las ramas, producen unas guías ó bejucos

tan altas como el palo mayor de un navío, y en la cima producen nueces (¿cocos?) de vino y de aceite; y así las llaman palmas de vino y palmas de aceite. También se dan plátanos en aquella tierra: el tronco es tan alto como el de un abeto y tan grueso como un muslo: sus hojas son largas y anchas, y arriba da el fruto llamado también plátanos: éstos son curvos, de un codo de largo, gruesos como la muñeca y agrupados en racimos. Cuando están maduros son muy buenos y agradables al paladar y ni aun la azúcar es de gusto más delicado.

Con el "Angel," el "Judith" y las dos pinazas hicimos vela para Sierra Leona, donde se hallaba el general, quien con los capitanes y soldados entró por el río nombrado Tagarino á tomar un pueblo de negros. Allí encontró tres reyes de aquella tierra con cincuenta mil negros, sitiando el mismo pueblo que no habían podido tomar en las veces que le habían acometido

que bajan al suelo cenagoso, enraizan en él, y dan origen á nuevos árboles, que á su vez producen otros de la misma manera, formando en poco tiempo un bosque impenetrable. Ulloa, *Viaje á la América Meridional*, pte. 1.º núm. 43.º.—Oviedo, *Hist. General y Nat. de las Indias*, lib. IX. cap. 5.º, &c. Es sabido por otra parte, que las ostras se adhieren á los cuerpos submarinos, como lo son las raíces, y aun parte de los troncos de los mangles, durante la pleamar. La expresión *between the river and the main* es oscura, pues *main* puede significar lo mismo el Océano que el Continente.

de años atrás. Nuestro general abrió una brecha, entró y tomó bizarramente el pueblo, donde encontró cinco portugueses que se rindieron á discreción, y él les perdonó la vida. Tomamos y nos llevamos quinientos negros para el comercio de las Indias Occidentales. Los tres reyes llevaron siete mil negros á una punta de la tierra durante la baja mar, y se ahogaron todos en el cieno, porque no pudieron tomar sus canoas para salvarse. Nos volvimos con las pinazas á los buques, hicimos aguada, y dimos á la vela para Río Grande. Llegados allá, entramos con el «Angel,» el «Judith» y las dos pinazas, y nos encontramos con siete carabelas portuguesas que sostuvieron con nosotros un reñido combate. Al fin con el favor de Dios alcanzamos victoria y los hicimos huir á la ribera, por donde se escaparon con los negros, y nosotros retiramos de la orilla las carabelas. La mañana siguiente Mr. Franciscó Drake, con su carabela el "Swallow" y el "William and John," entró por el río acompañado del capitán Dudley y sus soldados: echaron á tierra cien de ellos solamente, y pelearon con siete mil negros, quemaron el pueblo, y volvieron al general con pérdida de un solo hombre.

En aquel lugar hay muchos gatos de Algalia que se crían en los huecos de los ár-

boles: los negros los cogen con redes, los meten en jaulas, los alimentan con mucho regalo, y les sacan el almizcle con una cuchara. (1)

Emprendimos entonces nuestro viaje desde Guinea hacia las Indias Occidentales, y en la travesía murió el capitán Dudley.

Navegando para las Indias, la primera tierra que descubrimos fué la isla nombrada Dominica, á la cual llegados, anclamos, tomamos provisión de agua y leña, é hicimos rumbo á otra isla llamada Margarita,

(1) Estos animales, que el autor llama *muskecars* deben ser los *gatos de Algalia*, pues les convienen las señas que da. El animal [hasta hoy poco conocido] que produce el verdadero almizcle, es una especie de corzo, y sólo se cría en el Asia. El olor del almizcle y el de la algalia son tan semejantes, que es fácil confundirlos. Creo no desagradará al lector el siguiente pasaje, relativo á los gatos de Algalia que se encuentra en el *Símbolo de la Fe* de Fr. Luis de Granada. (Pte. I, cap. 22): «Entre tantas diferencias de animales, no puedo dejar de hacer mención del regalo de la Divina Providencia haber criado gatos de algalia. . . . Es, pues, de saber que este animal tiene una bolsa entre los dos lugares por donde se purga el vientre, repartida en dos senos y en ellos descarga poco á poco esta masa tan estimada, de modo que cada cuatro días es menester descargar esta bolsa con una cucharita de marfil: porque cuando esto no se hace, él mismo se arrastra por el suelo para despedir de sí esta carga que le da pena por ser muy caliente. Y de esta manera cada mes se saca de él una onza de algalia, que en esta era de agora vale diez ó doce ducados en Lisboa. Y más, añadiré aquí una cosa que si no fuera pública, no me atrevería á escribirla, la cual es que en esta ciudad (Lisboa) hay un mayorazgo que dejó un padre á su hijo, de veintinueve gatos de algalia; los cuales hecha la cosa del mantenimiento de ellos, le rentan cada año seiscientos mil maravedís.» Y la institución de este mayorazgo es con cláusula que esté siempre entero este número de gatos, so pena de tres mil ducados, aplicados al hospital de la Misericordia.

donde el general á pesar de los españoles, ancló, desembarcó y tomó víveres frescos.

A una milla de la isla está en el mar una roca, en la cual se cría una multitud de aves semejantes á las berniclas: (1) por la noche íbamos en nuestros botes y á garrotazos matábamos muchísimas y las llevábamos á bordo, juntamente con muchos huevos, que son del tamaño de los de pavo y pintados como ellos. Los comíamos y nos parecían muy buenos.

De allí nos fuimos á Burboroata, que es en la tierra firme de la Indias Occidentales: entramos, anclamos y nos entretuvimos dos meses aderezando los buques y comerciando con varios españoles de aquel país. El general nos despachó á una ciudad llamada Placencia (que estaba en un cerro alto) para suplicar al Obispo que reside en ella, nos otorgase amistad y favor sin faltar á sus leyes; pero informado de nuestra venida, abandonó de miedo la ciudad. En la subida al cerro de Placencia, encontramos una gran serpiente venenosa, con dos cabezas: el cuerpo era tan grueso como un brazo, y de una yarda de largo. Nuestro maestre Roberto Barret la partió en dos con su espada, la cual quedó tan negra como si la hubieran metido en tinta.

(1) La *bernicla* es una especie de pato ó cerçeta.

Hay gran número de tigres grandes y feroces, que con maña devoran á muchos. Andan por los caminos frecuentados, y se dejan ver de los caminantes dos ó tres veces; luego se emboscan, aguardan á que hayan pasado los caminantes, y entonces los sorprenden arrojándose sobre ellos repentinamente, y los devoran. Así iba á suceder con uno de los nuestros, á no haber sido porque uno de ellos miró hacia atrás. El general despachó tres buques á la isla llamada Curazao, con objeto de hacer provisiones para los demás, y allá le aguardaron. Desde allí envió el «Angel» y el «Judith» al río de la Acha donde fondeamos frente al pueblo. Los españoles nos dispararon desde la orilla tres tiros de artillería, y les contestamos con dos que atravesaron la casa del gobernador. Levamos en seguida las anclas y nos fuimos á fondear fuera de tiro de pueblo, en cuyo lugar estuvimos cinco días, á pesar de los españoles y de sus disparos. En el intermedio llegó á Santo Domingo una carabela de aviso, á la cual dimos caza con el «Angel» y el «Judith» hasta hacerla aterrar; pero de allí la trajimos á pesar del fuego de doscientos arcabuceros españoles, y volvimos á anclar frente al pueblo, en cuya posición permanecemos hasta que el general llegó, fon-

deó, echó en tierra su gente y tomó valerosamente el pueblo, con pérdida de un hombre, llamado Tomás Surgeon. Desembarcamos y para estar con seguridad, establecimos en tierra nuestra artillería de campaña: echamos á los españoles dos leguas de tierra adentro, y así se vieron obligados á contratar con nuestro general, quien les vendió la mayor parte de sus negros.

A la puesta del sol matamos en este río un monstruoso lagarto ó cocodrilo. Entramos siete por el río en la pinaza, llevando un perro, al cual con un cordel atamos un gran garfio de hierro con su cadena y alacrán, la cual pusimos bajo el vientre del animal, quedando en el lomo la punta del garfio, y todo bien asegurado como está dicho. Echamos el perro al agua, y fuimos largando cuerda poco á poco, al mismo tiempo que remábamos. Vino el lagarto y en el acto tragó al perro: seguimos remando hasta que le sofocamos, y entonces se zambulló causando grande agitación en el agua. Saltamos á la orilla, y tirando de la cuerda le sacamos á tierra: tenía veintitrés pies medidos: la cabeza era de cerdo, el cuerpo de serpiente, con escamas como plátanos; la cola larga y llena de nudos tamaños como pelotas de falcón. Tenía cuatro piernas, y en las patas uñas largas co-

mo de dragón: le abrimos, le destripamos, y habiéndole desollado, secamos la piel y la rellenos de paja, con intento de traerla á nuestra país, como lo hubiéramos hecho, á no haberse perdido el buque. Este monstruo puede llevarse y devorar un hombre á caballo.

De allí nos encaminamos á Santa Marta, donde saltamos en tierra, contratamos, y vendimos ciertos negros. Dos de nuestros compañeros mataron allí una monstruosa serpiente, que se iba para su madriguera con un conejo en la boca. Era tan gruesa como un muslo, y de siete pies de larga: en la cola tenía diez y seis nudos, cada uno como una gran nuez, los cuales, según dicen, indican la edad: era verde y amarilla; abriéronla, y en el vientre le hallaron dos conejos.

Dimos luego á la vela para Cartagena donde entramos; fondeamos, y habríamos comerciado con los vecinos, á no haber sido porque tenían gran temor al rey. Entonces trajimos el «Minión» al frente del castillo, y disparamos al castillo y á la ciudad; desembarcamos luego en una isla donde había muchos jardines; allí en una bodega hallamos ciertos botijos de vino que nos llevamos, y el general, en compensación de ellos, mandó dejar en tierra telas

de lana y de lino, de igual valor. Desde aquel lugar, por causa del mal tiempo, nos vimos obligados á buscar el puerto de San Juan de Ulúa. En la travesía, frente á Campeche, encontramos un pequeño barco español, que se dirigía á Santo Domingo: iba en él un español, llamado Agustín de Villanueva, que fué quien hizo traición á todos los nobles de las Indias, y fué causa de que los degollasen, (1) por lo cual, con dos frailes se huía á Santo Domingo; pero los apresamos y trajimos con nosotros á San Juan de Ulúa. El general hizo gran caso de él y le trató como noble; mas con todo eso fué al fin uno de los que nos hicieron traición. Cuando hubimos anclado y desembarcado, montamos la artillería que encontramos en la isla, y hacíamos guardia y vela para estar seguros. Al otro día avistamos la flota española, de que era general un español llamado Luzón (Luján) con quien venía otro español llamado D. Martín Enríquez, que el rey de España enviaba por su virrey á las Indias. Despachó á nuestro general una lancha con bandera de parlamento, para saber de qué nación eran los buques que veía anclados en un puerto del rey de Es-

(1) Alude sin duda el autor á la circunstancia de haber sido Agustín de Villanueva uno de los que denunciaron la *conjuración* del marqués del Valle.

pañá. Respondiósele que eran buques de la reina de Inglaterra, que venían en busca de víveres, por su dinero; y que si el general de la flota quería entrar, había de darnos víveres, así como las demás cosas que necesitábamos; que nos iríamos á un lado del puerto, y él entraría á colocarse en el otro. El español replicó, que él era el virrey, que traía mil hombres, y que por consiguiente entraría. Nuestro general dijo entonces: «Si él es virrey, yo represento la persona de mi reina; y si él trae mil hombres, mi pólvora y mis balas triunfarán.» El virrey después de haber tenido consejo, cedió á la demanda del general, jurando por su rey y su nación, por su título y por la autoridad que tenía de monarca, que así lo cumpliría, é incontinentemente se dieron rehenes por ambas partes. El general con ánimo recto y cristiano, ajeno de todo engaño y fraude, juzgando que los españoles harían lo mismo, entregó seis caballeros, sin poner duda de que le entregarían otros iguales: pero los pérfidos españoles (según después se descubrió) nos dieron los más plebeyos de sus tripulaciones, disfrazados con ricos trajes. Hecho esto, se pregonó por ambas partes, que so pena de muerte nadie diera ocasión para alguna reyerta con que se turbara el concierto, y de esa

manera entramos pacíficamente en el puerto, con grande aplauso de todos.

Acto continuo trajeron los españoles una grande urca de seiscientas toneladas y la anclaron al costado del «Minión,» abrieron portas en los otros buques, asestándonos la artillería, y en la noche llenaron de gente la urca para abordar al «Minión,» según después pareció; todo lo cual dió motivo á que nuestro general desconfiase, y enviase á Roberto Barret, porque sabía la lengua española, á preguntar al virrey qué significaba aquello. Habiéndole invitado el virrey á entrar con los que le acompañaban, mandó luego echarle grillos, é inmediatamente tocaron una trompeta, que era la señal convenida entre los pérfidos españoles para dar principio á su proyectada traición contra nuestro general. Este hubiera sido muerto entonces por Agustín de Villanueva, que estaba con él á la mesa, y llevaba un puñal oculto en la manga, á no haberlo visto y observado un Juan Chamberlaine, que le sacó de la manga el puñal. Levantóse al punto el general, y ordenó que le pusiesen preso en la despensa, custodiado por dos hombres.

Creviendo los desleales españoles que todo había pasado á medida de su deseo, tocaron la trompeta, y en el acto trescientos

hombres acometieron al "Minión," visto lo cual, nuestro general nos gritó con voz furiosa: "Dios y San Jorge; dad sobre estos villanos traidores, y salvad el "Minión:" confío en Dios que la jornada será nuestra." A estas voces marineros y soldados saltaron del «Jesús de Lubeck» al "Minión," y echaron á los españoles. Con un disparo del «Minión» se incendió la vice-capitana española, donde pereció la mayor parte de trescientos españoles, volados por la pólvora: también su capitana estuvo incendiada media hora. Picamos los cables, viramos hacia fuera, sin dejar de combatir; mas nos acometieron por todos lados, y la pelea duró desde las diez de la mañana hasta el anochecer. Mataron á todos los nuestros que estaban en la isla, menos á tres que á nado alcanzaron el «Jesús de Lubeck.» (1) Nuestra capitana, llamada el «Angel,» fué echada á pique, y el «Swallow» apresado. La capitana española tenía más de sesenta balazos, y muchos de la tripulación estaban fuera de combate: otros cuatro de sus buques fueron echados á pique. Entre la flota y los que vinieron de tierra á ayudarle, había mil quinientos hombres: de ellos matamos quinientos cuarenta, según supi-

[1] Según se expresa al fin de esta relación, el autor fué uno de estos tres que escaparon á nado.

mos con buen fundamento, por una relación que vino á México. Durante la pelea, el "Jesús de Lubeck" recibió cinco balazos en el palo mayor: el trinquete fue cortado bajo.(1) por un tiro de balas encadenadas y el casco estaba acribillado, de suerte que era imposible sacarle. Los enemigos pusieron fuego á dos de sus buques, tratando de incendiar con ellos el "Jesús de Lubeck," lo cual impedimos picando los cables de proa en los escobenes, y retirándonos á la espía sobre la amarra de popa hasta zafarnos.

El "Minión" tuvo que dar á la vela y alejarse de nosotros, yendo á fondear fuera de tiro de la isla. Nuestro general animaba con gran brío á sus soldados y artilleros, y pidió á su paje Samuel un vaso de cerveza. Trájoselo en un vaso de plata, y bebiendo el general á la salud de todos, recomendó á los artilleros que permanecieran firmes como buenos junto á sus piezas. Apenas había soltado el vaso, cuando vino una bala de media culebrina que lo arrebató, juntamente con un cepillo de tonelero que es-

[1] *Under the hounds*, dice el original, y no he podido encontrar la correspondencia castellana de la palabra *hounds*.—Aunque el traductor vivió algunos años en un puerto de mar de España, lo cual le dió ocasión de aprender bastantes términos de náutica en castellano, no está seguro de haber acertado á traducir los muchos que se encuentran en inglés en esta relación y la siguiente.

taba cerca del palo mayor, y salió al otro lado del buque, lo cual no acobardó al general, que no cesaba de animarnos, diciendo: «No temáis, porque Dios, que nos ha librado de este tiro, también nos librará de estos villanos traidores.» Tratando el capitán Bland de salir del puerto, vió el palo mayor cortado á raíz por un tiro encadenado que vino de tierra, por lo cual echó el ancla, pegó fuego á su buque, recogió toda su gente en la pinaza, y vino á bordo del "Jesús" á juntarse con el general, quien le dijo que no podía creer que hubiera tratado de abandonarle: el capitán contestó que nunca había pensado en ello, sino que su intención era dar vuelta para abordar el buque español más á barlovento, y que había quemado su buque con la esperanza de que el fuego se comunicara á la flota enemiga: díjole el general, que si así era, había hecho bien. En esto llegó la noche. El general ordenó que para resguardar la arboladura del "Minión" se le colocara á sotavento del «Jesús,» y previno á Sir Francisco Drake que viniese con el «Judith» á abordar el "Minión," para recibir gente y otras cosas necesarias, y en seguida marcharse, como lo hizo.

En la noche cuando comenzó el terral, dimos á la vela y nos salimos, á pesar de

los españoles y sus fuegos, hasta fondear con dos anclas al abrigo de la isla. El viento soplaba de hacia el Norte, y era sumamente peligroso, de suerte que á cada momento temíamos ser echados á la costa. En fin, cuando el viento vino más aún largo, levamos ancla y dimos á la vela en demanda del río de Pánuco, para tomar agua, porque teníamos muy poca, y los víveres andaban tan escasos, que nos vimos en la necesidad de comer cueros, gatos, ratas, pericos, monos y perros. Vióse, pues, obligado nuestro general á dividir su gente en dos partes, porque llegó á haber un motín por falta de víveres, diciendo algunos ser preferible que los pusiesen en tierra para correr su suerte entre los enemigos, antes que morir de hambre en el buque. Preguntó quiénes querían ir á tierra y quiénes quedarse en el buque, diciendo que los primeros fuesen á proa, y los segundos á popa. Noventa y seis nos resolvimos á salir. El general nos dió á cada uno seis yardas de tela de Ruán, y dinero á los que pidieron. Cuando hubimos desembarcado, vino á vernos y nos abrazó á todos amigablemente: díjonos que le causaba gran pena dejarnos abandonados, y nos aconsejó que sirviéramos á Dios y nos amáramos unos á otros. Con esa afabilidad se despidió tris-

temente, prometiéndonos que si Dios le llevaba salvo á nuestro país, haría cuanto estuviera de su parte para que todos los que aun viviésemos, tuviéramos modo de regresar también, y así lo cumplió. (1)

Después de mi vuelta á Inglaterra he sabido que muchos censuraron que nos hubiera abandonado de esa manera y se llevase los negros. La razón fué que á cambio de ellos podía conseguir víveres ú otras cosas necesarias, si el mal tiempo le hacía arribar á las islas, mientras que por oro y plata no lograría obtener nada.

Volvióse luego el general á su buque, y quedamos en tierra, donde velamos toda la noche por temor á los indios salvajes de la comarca. Al amanecer emprendimos nuestra marcha, de tres en tres, hasta que llegados á una arboleda; nos salieron los indios preguntándonos qué gente éramos y cómo habíamos venido. Dos de la compañía, es á saber, Antonio Godard y Juan Cornish, que sabían el español, se adelantaron hacia ellos y les dijeron que éramos ingleses; que nunca habíamos venido antes al país, que habíamos peleado con los españoles, y que por falta de víveres nos había echado en tierra nuestro general. Pregon-

[1] No encuentro noticia alguna por donde conste el cumplimiento de esta promesa del general.

taron que á donde pensábamos ir; contestamos que á Pánuco. El capitán de los indios nos pidió algunas piezas de nuestra ropa y camisas, lo cual dimos: mandónos luego que le diéramos todo y no quisimos, sobre lo cual fué muerto Juan Cornish por una flecha que le disparó un muchacho que estaba junto al capitán: éste dió un golpe con su arco en la nuca del muchacho, y le dejó por muerto. Dijonos que le siguiésemos y nos llevó á un gran campo donde hallamos agua dulce: nos mandó sentar al rededor del charco y que bebiéramos, mientras iba con los suyos á matar cinco ó seis venados para traérnoslos. Allí nos estuvimos hasta las tres de la tarde; pero no volvió. Uno de la compañía, llamado Juan Cooke, y otros cuatro se separaron y se metieron en la arboleda en busca de refrigerio: inmediatamente fueron cogidos por los indios quienes los dejaron desnudos, como cuando nacieron, y así volvieron á nosotros.

Dividímonos entonces en dos compañías, la una con Antonio Godard, y la otra con Santiago Collier, y cada una fué por separado en busca de Pánuco. Antonio Godard y sus compañeros se despidieron de nosotros, pasaron un río donde los indios despojaron de su ropa á muchos, y siguiendo su camino fueron á dar á un cerro pedre-

goso, en el cual hicieron alto. Santiago Collier con los suyos pasaron aquel día el mismo río, donde también fueron robados, y uno muerto por accidente. En la noche llegamos al mismo cerro en que estaba Antonio Godard en el cual permanecimos hasta salir juntos la mañana siguiente. Empezamos el camino por entre dos bosques, y allí los indios nos robaron toda la ropa, dejándonos enteramente desnudos: mataron además ocho de los nuestros é hirieron á muchos. Tres días después llegamos á otro río donde los indios nos mostraron el camino de Pánuco, y nos dejaron. Pasado el río entramos en un desierto, é hicimos unos rollos de yerba verde, con que nos rodeamos el cuerpo para defendernos del sol y de los mosquitos de aquella tierra. Antes de llegar á Pánuco tuvimos de camino por el despoblado siete días con sus noches, manteniéndonos únicamente de raíces y de guayabas, que es una fruta como higos. Llegados al río de aquel nombre, vinieron á nosotros en una canoa dos españoles de á caballo. Preguntáronnos cuantos días habíamos andado por aquel desierto, y donde estaba nuestro general, porque conocían que éramos de los que habían peleado contra sus paisanos: respondimos que siete días y siete noches, y que por falta de víveres nos había

echado en tierra nuestro general, marchándose él en seguida con los buques. Volviéronse ellos á su capitán, quien los envió de nuevo con cinco canoas para llevarnos á todos, hecho lo cual nos formaron y cien jinetes con lanzas vinieron hostilmente sobre nosotros; mas no nos hicieron daño, sino que nos condujeron presos á Pánuco, donde pasamos una noche. En el río de Pánuco hay un pez como un ternero, que los españoles llaman mallatín (manati): tiene en la cabeza una piedra que los indios usan para curar el cólico: por la noche sale á pastar en tierra: he comido de él y sabe casi á tocino. De allí nos enviaron á México, que está á noventa leguas de Pánuco; en el camino, á veinte leguas de la costa, ví cangrejos blancos correteando en la arena: comí de ellos, y son excelentes. Se dá allí una fruta que los españoles llaman anocottes (aguacates) del tamaño de un huevo y negras como carbón; tienen dentro un hueso, y es fruta muy sabrosa. También se halla un árbol muy extraño que llaman maguey, y sirve para muchos usos. Abajo junto á la raíz, le hacen un agujero por el cual extraen dos veces al día una especie de licor que hierven en una gran caldera, hasta que se consume la tercera parte y se espesa, quedando dulce como miel, y así le comen. A los vein-